

UNA MIRADA TRANSNACIONAL SOBRE EL GOLPE EN CHILE

Casals Araya, Marcelo y Perry Fauré, Mariana (editores).

Un golpe global. La experiencia autoritaria chilena en el mundo.

Santiago, LOM Ediciones, 2025, 276 pp.



Vanesa Jalil

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras,
Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina
vanesa.jalil@bue.edu.ar
<https://orcid.org/0009-0003-0355-1588>

El libro *Un golpe global, la experiencia autoritaria chilena en el mundo* parte de un hecho: la significativa importancia que tuvieron en la historia de Chile los años de la Unidad Popular y el cruento golpe militar que terminó con ese intento, con esa búsqueda que fue la *vía chilena al socialismo*. Fueron años muy intensos, con medidas que profundizaron reformas que ya existían y otras que procuraron dar un vuelco trascendental, cuyo horizonte no era otro que la construcción del socialismo. De igual modo, la respuesta de la contrarrevolución dio lugar a un régimen represivo y autoritario en el que se violaron sistemáticamente todas las garantías y que implicó un serio revés para los sectores populares, a partir de transformaciones estructurales cuyas consecuencias aún persisten en la sociedad chilena.

Ahora bien, este libro parte de ese hecho, pero no se detiene allí, sino que propone analizar el impacto que tuvieron estos acontecimientos en una escala global. De esta forma, nos encontramos con ocho artículos y un epílogo que nos indican que “la experiencia chilena se convirtió en un símbolo polisémico” (p. 12). En ese sentido, estos acontecimientos aportaron a la reflexión y al análisis respecto de las realidades que se estaban viviendo en diferentes partes del mundo. Las preguntas giran en torno a qué “lecciones” se podrían extraer de la experiencia chilena y qué “usos” se podrían dar a partir de distintos actores, en función de su coyuntura y proyección, tanto a nivel local como transnacional. El libro surge también como resultado de un esfuerzo colectivo de diferentes especialistas, preocupados por aportar en

la renovación de los estudios vinculados a la Nueva Historia de la Guerra Fría o a una Guerra Fría, pensada desde una perspectiva latinoamericana. Desde esta nueva matriz de reflexión, ya no se trata del relato de un conflicto entre la URSS y Estados Unidos sino que propone descentralizar ese análisis, sacarlo de la perspectiva de la hegemonía norteamericana, que claramente tiene su peso, para trasladar el foco de atención a las realidades latinoamericanas. La propuesta es partir de la capacidad de agencia de los actores de nuestra región que han construido sus proyectos en espacios de autonomía y que han protagonizado procesos de negociación y resistencia a partir de sus propias dinámicas.

En este marco se inscriben los artículos que componen este libro que, además, busca responder una cuestión simple pero compleja: ¿Por qué Chile? Para responder a esta pregunta los editores sostienen que “debemos considerar aquellos elementos que conectaron la política chilena con el mundo, cuestión que se retrotrae a mucho antes de 1973” (p. 15). En efecto, los actores sociales y políticos que tuvieron protagonismo en la década del setenta se fueron conformando a lo largo del siglo XX, estableciendo vínculos, tejiendo redes y elaborando estrategias a nivel local y global.

El libro está organizado en tres partes: “Izquierdas y derechas”; “Redes, ideas y solidaridad” y “Estados y regímenes”, para finalizar con un Epílogo titulado “Ruptura y revolución. Chile en los 1970 globales”. El primer capítulo analiza el impacto político y cultural de la década de 1970 chilena en Grecia. Allí, Eugenia Palieraki, nos comenta que “los griegos han utilizado los eventos chilenos como un prisma para ver su propia política desde la década de 1970” (p. 29). La autora pone énfasis en cómo la mirada sobre Chile cambia a partir del 11 de septiembre. La experiencia de la vía chilena no había causado entusiasmo ni demasiada curiosidad. Sin embargo, las críticas que la sociedad griega se permitía realizar respecto del régimen de Pinochet eran las que, cada vez más abiertamente, comenzaron a expresar en relación con la propia dictadura que ya llevaba seis años. La autora da cuenta de la organización de actividades de solidaridad con Chile y también contra la dictadura de los coroneles. La década de 1970 chilena fue una referencia muy importante en el debate público griego tanto en lo político, esto es, en su discurso y acción política, como en lo cultural, particularmente en diferentes expresiones artísticas.

En el segundo artículo, el historiador uruguayo Aldo Marchesi, parte de una pregunta ya explicitada en el mismo título: ¿Fue el golpe chileno una derrota para la izquierda armada latinoamericana? Y plantea la disyuntiva

ante la que se encontraron no solo el MIR chileno sino también otras organizaciones armadas, cuando se produjo el golpe contra Salvador Allende. El autor plantea que, lejos de ver lo acontecido como una derrota, estas organizaciones postularon que los hechos no hicieron más que evidenciar la imposibilidad de un triunfo revolucionario en el marco de la legalidad vigente. Por esa razón, la salida no podía ser otra más que reforzar su propia línea y endurecer el camino de la lucha armada. A partir de la brutal represión, la permanente persecución, las sucesivas caídas de militantes de la organización y el desmembramiento del MIR, se comenzó a vislumbrar la idea de una derrota. Luego, analiza cómo a partir del exilio y de las actividades que se desarrollaron en torno a la denuncia contra las violaciones de los Derechos Humanos, muchos militantes pudieron arribar y participar de una tribuna donde sus voces eran escuchadas en ámbitos internacionales: "De alguna forma, a través de los movimientos de Derechos Humanos se iba recuperando la política y el espacio público" (p. 75).

El último capítulo de la primera parte se dedica a analizar el impacto del golpe, ya no en los movimientos de izquierda, sino que nos introduce en la mirada de las agrupaciones de la derecha italiana. El texto de Robertini y Santoni parte de marcar la correspondencia existente entre los PC chileno e italiano, así como entre las Democracias Cristianas de ambos países, vínculos que preexistieron a la década de los setenta. Luego, pondrán el foco en el Movimiento Social Italiano-Destra Nazionale (MSI-DN) y en los medios asociados a la derecha conservadora, para quienes el golpe a La Moneda fue el freno necesario ante el avance del comunismo, aunque no se manifestaron a favor de la Junta Militar ni creían que se tratara del modelo a seguir, cuestión que marca la complejidad del análisis de este actor político.

Ya en la segunda parte del libro, el texto de Mariana Perry nos invita a conocer el compromiso con la causa chilena asumido por Internacional Socialista (IS). Los posicionamientos de la IS respecto de América Latina tenían como eje declaraciones donde manifestaban una condena a la opresión social, económica y política y planteaban la necesidad de crear sistemas inspirados por los principios del socialismo y la democracia. Desde la perspectiva de la IS, la experiencia chilena significaba una posibilidad, un puente que superaría la estructura bipolar. Luego detalla cuáles fueron las acciones desplegadas para manifestar solidaridad con el pueblo chileno, así como la condena a la violación de los Derechos Humanos.

El capítulo V analiza, desde una perspectiva legal, el rol del asilo político como parte de un accionar característico de los movimientos de solidaridad.

Jessica States Mor divide su artículo en dos partes. En la primera, realiza un repaso de las permanentes reformas a las leyes de asilo político, desde 1917 y hasta la década del sesenta, de manera de proporcionar una base legal para que México pudiera recibir exiliados y en la que tuvo un rol central el caso Haya de la Torre. Se trataba de un contexto en el que la gestión de Luis Echeverría Álvarez debía restablecer su credibilidad internacional como estado revolucionario. El nuevo reordenamiento legal pudo garantizar el ingreso de exiliados, al tiempo que se negó a firmar tratados internacionales que afectaran su autonomía a la hora de decidir respecto de las solicitudes de asilo político, aun cuando estas decisiones pudieran contrariar a organismos tales como la ONU o la OEA. Finalmente, en otro apartado, da cuenta de cómo a partir de su ingreso a México, los exiliados se incorporaron a diferentes experiencias comunitarias desde donde desarrollaron actividades políticas y de solidaridad. Dieron forma a la Casa de Chile que se ocupó de brindar asistencia y organizar actividades de solidaridad con otras causas.

El siguiente capítulo, escrito por Mariano Zarowsky, nos propone indagar en uno de los posibles “usos” de la experiencia chilena. A través del relevamiento de diferentes publicaciones, el autor encuentra que la experiencia chilena sirvió como prisma para analizar la también convulsionada realidad argentina. Al mismo tiempo, esta coyuntura sirvió para hacer circular ideas y producciones intelectuales del país trasandino y, a partir de allí, contar con una proyección transnacional. El autor hace repaso de las diferentes obras publicadas por EUDEBA, Editorial Galerna, Ediciones Corregidor, Siglo XXI, Ediciones de la Flor, en donde se procuró buscar no solo la reivindicación del proceso chileno sino donde también se aportaron herramientas para la reflexión sobre la idea de revolución y de cambio social. De igual modo, existieron múltiples artículos en revistas de importante tirada y difusión de las que *Crisis*, fue solo un ejemplo y donde quedó de manifiesto cómo la producción local buscó la permanente conexión donde Chile fue un argumento para la discusión local.

Iniciando la Parte III del libro, encontramos otro artículo que analiza la relación Chile-México, pero esta vez desde la mirada de la política exterior desarrollada por ambos países, en el contexto de la UP. Sobre este punto, Vanni Pettinà sostiene que la política mexicana estuvo basada en un genuino internacionalismo tercermundista, contradiciendo aquellas miradas que ven en la línea llevada por Echeverría solo una cuestión de pragmatismo en materia de política interna. El autor detalla lo sinuoso que fue el recorrido

en la relación de ambos países, así como en la radicalización de posturas que los llevó a manifestar cierto enfrentamiento a la línea trazada por Estados Unidos. Estos posicionamientos se coronaron con la visita de Echeverría a Chile durante el mes de abril de 1972 y el posterior viaje de Allende a México, durante el mes de diciembre del mismo año, lo que selló definitivamente la amistad y colaboración entre ambos países. Desde entonces, y hasta que se produjo el golpe militar, México asistió con créditos y alimentos al gobierno de la UP para ayudar a sostenerlo, en momentos que cada vez se mostraban más críticos.

El último capítulo se centra en la relación que tuvo Checoslovaquia con los países del Tercer Mundo. Su autor, Michal Zourek, analiza, por un lado, las redes internacionales de solidaridad con Chile a través de organizaciones y de la emisión en español de Radio Praga. Desde otra perspectiva, también hará referencias a la propaganda dirigida a los ciudadanos checoslovacos quienes, de acuerdo con el autor, pretendieron revitalizar el internacionalismo proletario en una sociedad que ya había perdido la confianza en la construcción del socialismo. La autonomía estuvo bastante limitada después de los hechos de 1968 debido a que, desde entonces, tenían que seguir plenamente las decisiones de la URSS. Solo tenían permitido recibir a exiliados provenientes del PCCh. Por otro lado, Zourek rescató la experiencia de Radio Praga y su Servicio Latinoamericano. Ya existía una conexión entre este medio y Radio Magallanes desde 1972, pero el vínculo se reforzó con posterioridad al golpe cuando fue necesaria su solidaridad para hacer llegar noticias desde Chile.

El libro finaliza con un epílogo a cargo de Tanya Harmer quien recupera el impacto global de la experiencia chilena. Aporta, además, la imagen del espejo para reflexionar a partir de analogías en distintos contextos locales: la influencia de Chile como modelo a seguir, con sus noticias viajando por distintas latitudes, reflejando lo que los espectadores querían ver. Es interesante lo que plantea cuando afirma que “la imagen que ofrecía el espejo chileno era caleidoscópica, refractada a través de contextos y preguntas locales” (p. 242), es decir, no es Chile solamente, no es el contexto local; se trata de preguntarse cómo se veía la propia realidad a través del cristal que fue Chile en los años setenta. De acuerdo con la autora, resulta imprescindible comprender cómo era el mundo en ese momento y cómo eran las partes que lo constituían. Resulta interesante también la observación que realiza respecto de que ese espejo devolvería la imagen de quien observara y de cuáles fueran sus expectativas respecto de los sucesos chilenos.